

Cultura y evangelio en el nuevo milenio. Desafíos y esperanzas

Fray Fabio Duque Jaramillo, o.f.m., subsecretario del Consejo pontificio para la Cultura

La penetración del cristianismo en América es un campo privilegiado para entender las etapas y condiciones de la evangelización de las culturas en el mundo. La inculturación del Evangelio, en el complejo contexto americano, representa un desafío para la Iglesia que, al respecto, está llamada a tomar progresivamente mayor consciencia. Esta maduración lenta y esta opción fundamental interesa a todas las personas e instituciones implicadas en la obra de la evangelización.

I. La evolución del concepto de las «culturas americanas» en el magisterio de la Iglesia durante el último siglo

La abundante documentación de los últimos decenios demuestra claramente que la Iglesia católica, aceptando los desafíos de la cultura emergente y de todas las culturas vivas, ha formulado y perfeccionado su reflexión de tal forma que *la cultura llegue a ser un lugar privilegiado para su acción*. Si los análisis que llevan a la Iglesia a estas convicciones tienen un gran significado para todo el mundo, en América tienen una resonancia quizá mayor por los grandes contextos socioculturales e históricos en los que ha vivido y vive el continente, derivados, en particular, de los cinco siglos de su encuentro con el Evangelio.

Por otro lado, es iluminador notar cómo el lenguaje de la Iglesia ha pasado del análisis de las *civilizaciones* al análisis de las *culturas*, para desembocar hoy en la idea y en la práctica de la *evangelización de las culturas y de la inculturación de la fe*. En tiempos de León XIII se reafirmaba la *misión civilizadora* de la Iglesia en el mundo, contra los ataques de los liberales agnósticos de la época, que la acusaban de representar un freno para el progreso moderno. Así León XIII, en su primera encíclica *Inscrutabili* (1878), afirmaba

que la Iglesia «ha civilizado al género humano en sus costumbres privadas y públicas».

En la encíclica *Quarto abeunte saeculo*, del 16 de julio de 1892, para el IV Centenario del descubrimiento de América, León XIII utiliza el concepto de *civilización* y no el de *cultura*, reservado a los europeos, que el pontífice diferencia de los pueblos no civilizados, que viven en la ignorancia y en la superstición, «poblaciones vastísimas, rodeadas de tinieblas deplorables, perdidas en ceremonias insensatas y en supersticiones idolátricas.

Desdicha grande... conducir la vida en comportamientos salvajes y costumbres propias de las fieras, pero incomparablemente peor es el ignorar cosas de importancia capital y no tener ni siquiera vislumbre del único Dios verdadero». Con la llegada de Colón, *alter emersit orbis*, otro mundo surgió, habitado por «millones de hombres que estaban para pasar del estado salvaje a la civilización»¹.

A un siglo de distancia, el lenguaje de la Iglesia en relación a la cultura indígena refleja un nuevo planteamiento, inspirado en el progreso de la antropología y la teología del Concilio Vaticano II. Así, dirigiéndose a los *indígenas de Guatemala*, el 7 de marzo de 1983, Juan Pablo II decía: «Vuestras culturas indígenas son la riqueza de los pueblos, medios eficaces para transmitir la fe, representaciones de vuestra relación con Dios, con los hombres y con el mundo. Merecen, por ello, el máximo respeto, estima, simpatía y apoyo de parte de toda la humanidad. En efecto, estas culturas nos han legado monumentos impresionantes —como los de los mayas, aztecas e incas y tantos otros— que todavía hoy contemplamos con maravilla»².

El contraste entre los conceptos de 1892 y los de 1983 es grande; la novedad de la cercanía de la Iglesia a las culturas demuestra la importancia de la evangelización de las culturas y de la inculturación de la fe, expresada en tantas realizaciones surgidas de este diálogo fecundo.

¹ *Leonis XIII Acta* 12 (1882) 179-180.

² *L'Osservatore Romano*, 9 de marzo de 1983, 1-2.

Las culturas autóctonas de América

La valoración de las culturas autóctonas, sea como «cultura actual» de los pueblos americanos, sea como cultura de las «etnias precolombinas», es uno de los aspectos más relevantes del magisterio pontificio del presente siglo referente a las culturas americanas. El gran número de intervenciones de los últimos pontificados, especialmente del actual, nos permite entender la importancia que a las mismas atribuye la Iglesia, sea como valores dignos de máximo respeto, sea como objeto y sujeto de evangelización.

Con el Concilio Vaticano II y durante los últimos tres pontificados se ha desarrollado una nueva conciencia respecto a la cultura y las tradiciones propias de los pueblos autóctonos. La Iglesia desde entonces está comprometida en llevar a cabo cualquier esfuerzo en favor de la evangelización y del desarrollo de las culturas.

La evangelización y la inculturación ofrecen un enriquecimiento mutuo: la Iglesia aporta a todos los pueblos los tesoros inestimables de la fe y, a su vez, se enriquece con el magnífico patrimonio de estos mismos pueblos. De este modo el cristianismo se incultura y se inserta profundamente en las comunidades humanas. «Deseo expresar, decía Juan Pablo II en Medellín, en 1986, el augurio de que lleguen a la Iglesia universal, en intercambio benéfico, los dones de las variadas, ricas y originales culturas latinoamericanas, en las cuales el cristianismo se ha encarnado en modo profundo»³.

La doble dirección del enriquecimiento en la inculturación constituye un elemento sobre el que insiste el actual pontífice en sus intervenciones: las culturas, en las que se encarna el Evangelio, son enriquecidas con los valores del mismo Evangelio, y la Iglesia, a su vez, se enriquece con los valores auténticos de las culturas en las que se encarna el Evangelio.

Estas manifestaciones de aprecio por parte de la Iglesia de las culturas autóctonas, merecedoras de gran respeto por sus valores intrínsecos, que hemos de identificar, discernir y purificar, como también las cualidades naturales de los pueblos, son elementos de la inculturación, sobre cuya noción y praxis ha reflexionado larga y concienzudamente la Iglesia en el continente americano.

³ Juan Pablo II, Discurso a los universitarios, Medellín, 5 de julio de 1986, 7.

II. La realidad americana vista por la asamblea especial del sínodo de los obispos para América

El cardenal Juan Sandoval Iñiguez, en su *relatio ante disceptationem*, hace una verdadera y adecuada radiografía de la situación en que vive América, que vale la pena recordar antes de proponer cualquier proyecto de acción basado en la misma experiencia sinodal. En su intervención, el cardenal de Guadalajara (México) presenta la problemática partiendo de cuatro aspectos: social, económico, eclesial y el ámbito de la vida y la familia.

Bajo el aspecto social, se constata la difusión del secularismo con un estilo de vida que prescinde de Dios y deja a parte la religión y los preceptos morales. Una afirmación ilimitada de la propia libertad y autonomía; exaltación del individualismo y entusiasmo por las conquistas de la ciencia y de la técnica. En ambientes intelectuales y culturales se advierte un laicismo ateo y una tendencia a reducir la educación a pura y simple instrucción. Proceso acelerado de urbanización, unido al desarrollo de la sociedad industrial, al crecimiento demográfico en las ciudades y al abandono del campo. Corrupción en las relaciones sociales y políticas asociada al problema del narcotráfico. Despertar de racismos y fanatismos que se advierten en las manifestaciones de xenofobia en relación con los inmigrantes.

Bajo el aspecto económico, llaman la atención las enormes diferencias económicas entre el norte y el sur del continente, como también dentro de los mismos países, el problema de la deuda externa que contribuye a aumentar y crear condiciones de extrema indigencia, y la falta de una mayor justicia en la distribución de los bienes. Crece la desocupación, los salarios son bajos y se crea cada día una mayor distancia entre ricos y pobres. La sed de dinero fácil se ha adueñado del ánimo de muchos, mientras aumentan las especulaciones monetarias y el consumismo. La industria bélica florece gracias a la producción y venta de armas.

En lo referente al aspecto eclesial, se va perdiendo el sentido del pecado, en algunos miembros del pueblo de Dios se descubre una cierta disminución de la fe en Jesucristo como único Salvador, y en la Iglesia como sacramento universal de salvación. Hay grupos de disidentes, mientras se advierte en algunos teólogos una falta de sintonía con el magisterio de la Iglesia, sobre todo por lo que toca a

ciertos temas del dogma, de la moral y de la misión de la Iglesia y de los cristianos frente a las realidades socioeconómicas y políticas. Es muy negativo el influjo de las sectas y de otros movimientos religiosos en muchos miembros de la Iglesia, privados de una formación suficientemente sólida para rechazar los efectos del proselitismo y del fanatismo religioso propio de estos grupos.

En el ámbito de la vida y de la familia, se suelen violar los derechos humanos, se busca legalizar el aborto, se difunden campañas antinatalistas y de esterilización, se comienza a aceptar la eutanasia, la concepción de la familia extraña al orden natural, hay a veces abusos y violencia sobre menores, etc.⁴

Si analizáramos todas las intervenciones del aula sinodal sobre la realidad de América, creo, sin temor a equivocarme, que la síntesis del cardenal Sandoval sería un reflejo fiel. Aquí me limitaré a subrayar una preocupación, ligada a una situación que es nueva en ciertos países del continente. Con la caída de los totalitarismos, la reflexión teológica se ha vuelto a proponer la opción preferencial por los pobres, que, por lo demás, nunca ha querido dejar aparte. La nueva perspectiva amplía intencionadamente el radio de acción, planteando la preocupación sobre el mismo tema desde otro punto de vista y en íntima relación con la inculturación de la fe: *la alteridad*. El respeto, la tolerancia y la preocupación por «el otro», que está en el corazón del Evangelio, son ahora considerados por muchos teólogos de América, sobre todo del sur, como fuente de inspiración para sus reflexiones. En respeto a la alteridad, las culturas representan uno de los objetivos principales y específicos; por lo mismo, el planteamiento está unido a la inculturación y al diálogo entre la fe y las culturas. Sin embargo, para poder ocuparse de un tema tan interesante y necesario, permaneciendo fieles al Evangelio, hay que tener claros algunos criterios.

En primer lugar, es indispensable mantener, como punto fundamental, la unidad en los contenidos de la fe y la comunión con la Iglesia universal. Al lado de esta consideración, para que haya una auténtica inculturación, es indispensable entender que el Evangelio no es una cultura, sino que está por encima de todas las culturas. Una vez asumida esta perspectiva, se puede dialogar con las cultu-

⁴Cardenal Juan Sandoval Iñiguez, *Relatio ante disceptationem*, Synodus Episcoporum, Boletín 04, ed. plurilingüe, 17-XI-97 (pro manuscrito), 20-22.

ras siempre que en el evangelizador exista una profunda identidad no solo cristiana, sino también católica. Teniendo en cuenta la universalidad de los destinatarios de la Buena Nueva, no es posible reducir el diálogo, la evangelización y el trabajo pastoral de la Iglesia a un tipo de cultura determinada excluyendo las demás. Por lo mismo, no puede ser criterio válido una opción por las así llamadas «culturas oprimidas».

Es esta la realidad que emerge del Sínodo de la Iglesia en América; en ésta y no en otra se puede encarnar la Palabra de Dios para transformar las situaciones dramáticas para las cuales sólo el Evangelio ofrece un camino de solución responsable, al llevar al hombre americano a ser en verdad más humano.

III. Esperanzas y desafíos

Por lo demás, la misma realidad se presenta a América como un desafío que debe afrontar utilizando toda la inteligencia necesaria para dar una respuesta a la misma partiendo de la propia misión. En esta perspectiva, es importante tener en cuenta una de las principales tareas encomendadas por el Santo Padre a la asamblea especial del sínodo de los obispos del año 1997, es decir la promoción de una nueva evangelización en todo el continente como expresión de comunión episcopal.

En el saludo introductorio, el cardenal Eugenio de Araújo Sales, arzobispo de Río de Janeiro, iniciaba su reflexión con un análisis sumario de la realidad, subrayando el criterio fundamental que ha de permear toda la acción evangelizadora en América. Se dirigía a la asamblea con estas palabras:

«Un factor importante en la deformación de la vida eclesial de América es el divorcio entre la fe en sí misma y su influencia en la vida personal y en las estructuras económico-políticas... A menudo se da una inversión de valores. ¿Cuántas veces, por lo menos en la práctica, el importantísimo trabajo social y socio-político se coloca en primer plano? No se niega, pero se oscurece, la tarea principal de la Iglesia: anunciar el credo integral, el Dios Trino, la encarnación, la cruz y la resurrección, como las mayores verdades que dan la medida y el verdadero significado al mundo entero. La Iglesia, como sacramento definitivo de la salvación, la moral cristiana

como victoria pascual día a día, la adoración como la grande participación en la vida de Cristo... Urge en la Iglesia un diálogo generoso con todas las culturas, pero dentro de la fidelidad incondicional a Cristo, único Salvador, que "es la medida de toda cultura"... La Iglesia debe descubrir su misión más original como instrumento de salvación del mundo, como misionera junto a todas las conciencias y todas las culturas y pueblos»⁵.

Basados en estas palabras que pueden hacer de fondo, me propongo, en esta última parte, indicar líneas muy generales que pueden abrir la esperanza ante hechos con que el mundo contemporáneo está desafiando a la Iglesia en este continente.

Puesto que se trata de ofrecer algunos elementos para llevar adelante una evangelización inculturada, como ha sido propuesta sea por la asamblea del episcopado latinoamericano en Santo Domingo, sea por la asamblea sinodal, quiero añadir los criterios propuestos por el cardenal Paul Poupard en su intervención en el aula sinodal, el 20 de noviembre de 1997. Los presento porque me parecen fundamentales para llevar adelante la auténtica evangelización de las culturas y la genuina inculturación de la fe:

El misterio de Jesucristo es buena nueva para el hombre y su cultura en el contexto cultural de América.

1. *La misión fundamental de la Iglesia consiste en evangelizar, colmar el deseo del corazón del hombre que busca a Dios hasta encontrar en él su plenitud de vida y de felicidad (San Agustín).*
2. *Evangelizar al hombre significa también evangelizar su cultura, esa cultura que es la manera peculiar en que los hombres, en un determinado pueblo, cultivan su relación con la naturaleza, consigo mismos y con Dios, a fin de alcanzar un nivel verdadera y plenamente humano. El Santo Padre subraya siempre la doble riqueza de las culturas de los pueblos de América: su gran diversidad y, al mismo tiempo, la manera en que estas culturas están impregnadas de valores evangélicos. Todos los pueblos de América pueden reco-*

⁵Cardenal Eugenio de Araújo Sales, *L'Osservatore Romano*, 17-18 de noviembre de 1997, 8. Cf. Discurso completo en: Javier García, *Historia del Sínodo de América*, ed. Nueva evangelización, México, D.F., 1999, 64-70.

nocer en Cristo el arquetipo de su ideal de vida; y en la Virgen María, «la estrella de la primera y de la nueva evangelización».

3. La nueva evangelización se implanta en la común raíz cristiana presente en las distintas culturas. Anima la experiencia de los cristianos e interpreta a los que viven lejos de la Iglesia. Evangelizar las culturas es proponer modelos de vida inspirados en las bienaventuranzas, transformar desde dentro la sociedad, cambiando por la fuerza del Evangelio los criterios de juicio y los valores determinantes.

4. El Evangelio no es una cultura más en el mercado totalmente saturado del pluralismo liberal. Anunciar el Evangelio en su integridad es, para la Iglesia, una cuestión de fidelidad a Dios y al hombre. La novedad cristiana brinda su alma a las culturas de todos los pueblos del nuevo mundo, consolida su comunión y suscita su solidaridad.

5. La globalización de la cultura provoca un empobrecimiento que arranca al hombre de sus raíces y lo priva de su relación vital con Dios. Al contrario, el milagro de Pentecostés destaca la finitud de las culturas y las abre a la plenitud del amor.

6. La Iglesia brinda la auténtica respuesta a la búsqueda paradójica de una nueva espiritualidad, suscitada por el vacío de la cultura materialista y hedonista dominante: el desarrollo integral de la persona sólo encuentra su plena realización en la salvación en Jesucristo.

7. La inculturación de la fe y la evangelización de las culturas avanzan al mismo paso, que es el de un progreso en la fe, no el de un cambio de la misma. Lo propio del progreso es el crecimiento de una misma realidad en su identidad propia, y no el cambio de esta realidad en otra diferente (San Vicente de Lérins).

8. La Iglesia no deja de dar razón de la esperanza que hay en ella (cf. 1 Pt 3, 15). Compartir la esperanza significa afirmar que el centro de la fe en Cristo es siempre Jesucristo vivo, a fin de construir una auténtica civilización de la verdad y del amor.

9. La Iglesia respeta la diversidad y la pluralidad de las culturas, para enriquecerlas más. La evangelización de las culturas y la in-

culturación de la fe se realizan en las iglesias particulares en comunión con la Iglesia universal.

10. «Evangelizar una cultura no significa faltarle al respeto, sino, por el contrario, testimoniarle un respeto mayor llamándola, en nombre de Cristo, a su pleno desarrollo»⁶.

En la *Ecclesia in America* Juan Pablo II reconduce a su núcleo cristológico el encuentro del Evangelio con las culturas:

«El Hijo de Dios, al asumir la naturaleza humana, se encarnó en un determinado pueblo, aunque su muerte redentora trajo la salvación a todos los hombres, de cualquier cultura, raza y condición. El don de su Espíritu y su amor van dirigidos a todos y cada uno de los pueblos y culturas para unirlos entre sí a semejanza de la perfecta unidad que hay en Dios uno y trino. Para que esto sea posible es necesario inculturar la predicación, de modo que el Evangelio sea anunciado en el lenguaje y la cultura de aquellos que lo oyen. Sin embargo, al mismo tiempo no debe olvidarse que sólo el misterio pascual de Cristo, suprema manifestación del Dios infinito en la finitud de la historia, puede ser el punto de referencia válido para toda la humanidad peregrina en busca de unidad y paz verdaderas»⁷.

Ahora, sin ninguna pretensión, querría presentar algunas reflexiones para hacer luz sobre algunas urgencias propias de la Iglesia que está en América:

1. Una Iglesia que vive la comunión: la iglesia americana está llamada a superar firmemente cualquier división y enfrentamiento, esforzándose por conseguir una auténtica imagen de comunión y participación. Desaparecidas las ideologías «oficiales» en la pasada década, es absurdo que todavía sigan inspirando a algunos en el servicio a los grupos indígenas y en la preservación de sus culturas hasta llevarlos a la violencia y la guerrilla; o que sigan prestando un «modelo» conforme al cual se organicen pastorales de promoción de la mujer o modos de vivir la vida consagrada. Muchas energías que deberían ser empleadas en el proceso de evangelización se invierten en la solución de conflictos internos, causados, en gran

⁶Card. Paul Poupard, *L'Osservatore Romano*, 22 de noviembre de 1997, 5-6.

⁷Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America* 22 de enero de 1999, n. 70.

parte, por ideologías extrañas al Evangelio. Estas han penetrado, no abierta, sino solapadamente, con la pretensión de estar en conexión con el mensaje evangélico. Ante esta división real, no basta dar una imagen aparente de unidad; hay que trabajar por una unidad verdadera y efectiva, «proclamando que la Iglesia es signo e instrumento de la comunión querida por Dios»⁸.

2. Procesos de conversión: la formación del cristiano, la profundización de su fe y las urgencias de operadores pastorales que estén en primera línea en nombre de la verdad y con una fuerza extraordinaria, como cuando se dan situaciones de pecado, hacen necesarios serios procesos de conversión. La piedad popular, expresión de la religiosidad natural, no es suficiente. La Iglesia no puede aceptar, sin discernimiento, las manifestaciones religiosas externas cuando no derivan de una fe profunda.

3. La iglesia particular⁹: todo proceso de conversión y de crecimiento en la fe, para que alcance realmente las culturas, ha de ser elaborado, vivido y dirigido por la iglesia particular. Esta se ve llamada a introducir en el proceso de evangelización todos los valores propios de las diversas culturas. Procesos guiados desde fuera de la experiencia de la parroquia o de la diócesis pueden transformarse en un camino monótono, que al fin terminará por empobrecer a la misma Iglesia, tanto universal como particular. Lo expuso ampliamente el cardenal Roger Mahony, arzobispo de Los Angeles: *Les pido a todos Ustedes, pastores de las Américas, que reflexionen sobre la parroquia como el mejor vehículo para la futura evangelización... Declaremos la revitalización de nuestras parroquias como una importantísima prioridad pastoral para todas nuestras iglesias locales del hemisferio, y ayudemos a movilizar con nueva energía a todas nuestras comunidades parroquiales en preparación para el gran jubileo del año 2000 y el nuevo milenio cristiano*¹⁰.

Si se desea un trabajo serio de evangelización de la cultura y de inculturación del Evangelio, la iglesia particular puede aprender de otras iglesias locales, valiéndose de su experiencia de evangeliza-

⁸*Ecclesia in America*, n.33.

⁹Cf. Documento de Santo Domingo nn. 55-57, ad sensum.

¹⁰Intervención del Cardenal Roger Michael Mahony, arzobispo de Los Angeles (EE.UU.), en el aula sinodal, el 10 de noviembre de 1997, cf. Javier García, *Historia del Sínodo de América*, 1999, pp. 171-172.

ción, puede echar mano de operadores pastorales externos a la propia iglesia manifestando la comunión entre las iglesias y su universalidad, pero la iglesia local es la única que puede dar carácter particular a la misión confiada. Todo proceso de evangelización que no se inserte en la iglesia particular, y, por lo mismo, que no esté gobernado a partir de la misma, corre el riesgo de confundir el carisma profético con el carisma de gobierno.

4. La opción por los pobres y por los jóvenes: América es un continente joven y, al mismo tiempo, un continente de pobres, sobre todo al Sur; no por falta de recursos naturales, sino por una distribución no equitativa de las riquezas. Ayudar a los jóvenes a encontrarse con Jesucristo comporta la propuesta de una nueva justicia social.

5. La educación cristiana¹¹: por lo que se refiere a la educación, el desafío para la Iglesia americana, después del sínodo, consiste en no limitarse «a impartir una educación que sea competente desde el punto de vista técnico y profesional, sino especialmente en proveer una formación integral de la persona humana»¹², y en hacer surgir la consciencia de una cultura nueva que brota de hacer propio el Evangelio, como primera opción de vida. La evangelización de las culturas y la inculturación del Evangelio en las instituciones educativas de la Iglesia, tiene un aliado que muchos otros países desearían tener.

6. Las pequeñas comunidades¹³: la esperanza de la Iglesia en el continente americano está en crear y favorecer las comunidades cristianas que fomentan el proceso de conversión y el crecimiento en la fe. La vida comunitaria consiente una más intensa acción pastoral de la Iglesia en sus tres aspectos: profético, litúrgico y caritativo. Sólo así se puede vivir la diversidad de los carismas y cada cual realiza todo y solo lo que le toca.

7. La nueva pastoral urbana: es urgente buscar nuevos métodos y nuevas expresiones que hagan llegar el Evangelio al hombre, con sus condicionamientos particulares, surgidos de su experiencia urbana. Del norte al sur del continente el hombre americano ha pa-

¹¹Cf. Santo Domingo nn. 263-278, ad sensum.

¹²Cf. *Ecclesia in America*, n. 71).

¹³Cf. Santo domingo nn. 61-63; 156, 259, ad sensum.

sado de una sociedad agrícola a una sociedad urbana, con todos los cambios culturales que ello implica. El hombre americano ya no es la persona que ha aprendido los secretos de la tierra en su relación constante con ella para cultivarla. Es una persona que habita en los rascacielos de las grandes metrópolis, que vive desconfiando de todo y de todos, que ha cambiado su modo de trabajar y de divertirse y que posee un nivel intelectual mucho más alto que en el pasado inmediato.

8. La ciencia y la técnica: la Iglesia aporta lo que le da vida, el Evangelio. En él reside su fuerza para conducir al hombre a la felicidad. Una ciencia y una técnica sin alma llevan al hombre a una total carencia de sentido de la vida, y la vida sin sentido es un infierno. Hay que decir sin temor a los hombres de ciencia y de técnica que cada cosa tiene un centro, que Dios es el autor de todo y que la vida espiritual es fundamental para el hombre.

9. Los medios de comunicación social: la presencia de la Iglesia en el campo de los medios de comunicación social, en todas sus múltiples expresiones, representa un desafío para la Iglesia en América. En la aldea global, el norte, el centro, el sur del continente y el Caribe se intercambian a diario programas de TV, radiofónicos e información impresa, con su carga de mensajes, de valores y de antivalores. Hay que estar presente en estos medios, pero conociendo el lenguaje de los mismos, como aconseja Juan Pablo II en la *Redemptoris missio*, n. 37. No se trata simplemente de estar presente, sino también de ofrecer un servicio de calidad, que para la Iglesia no solo exige recursos económicos, sino también formación de quienes son llamados a trabajar en este campo. La presencia de los cristianos en el ámbito de los medios de comunicación social será de gran importancia para la misión evangelizadora, siempre y cuando sepan transmitir la identidad profunda que los caracteriza, y con la vida, más que con las palabras, sepan responder a los grandes interrogantes del hombre. El hombre contemporáneo, que tiene en los medios de comunicación un nuevo ídolo, espera escuchar de la Iglesia un mensaje nuevo que cambie su vida y lo libere.

10. Los constructores de la sociedad: tanto al norte como al centro, al sur y en el Caribe, las sociedades de América se mueven hacia donde las llevan los guías sociales, políticos, económicos, intelectuales, artistas y comunicadores. Es significativa la preocupación que se percibe en la *Ecclesia in America* al referirse repetidas

veces a los constructores y guías de la sociedad (cf. nn. 19, 27, 40, 44, 72). La Iglesia, en su papel de educadora de las conciencias, ha de estar cada día más atenta a la formación moral y cristiana de los líderes de la sociedad en los diversos campos, para infundirles el suplemento de alma que necesitan.